



JUAN CARLOS GALEANO
CUENTOS
AMAZÓNICOS

icono •

ICONO •

©2016, Juan Carlos Galeano

©2016, Icono Editorial

Director:

Gustavo Mauricio García Arenas

gmgarcia@iconoeditorial.com

Asistente editorial:

Ángela Alfonso Botero

Carrera 28 A No. 73-29

Teléfono: (57-1) 457 4089

TelFax: (57-1) 250 9238

Bogotá, D.C., Colombia

www.iconoeditorial.com

Diseño de colección:

Nancy Cruz

Imagen de cubierta:

La primera chacra (2013), acrílico sobre lienzo
de Rember Yahuarcani López

Ilustraciones de páginas interiores:

Rember Yahuarcani López

ISBN: 978-958-8461-74-8

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial
de esta publicación, mediante cualquier sistema,
sin previa autorización escrita del autor.

Sería imposible dar cuenta aquí de toda la ayuda recibida durante mis viajes por los ríos de la cuenca amazónica de Brasil, Venezuela, Perú, Colombia, Ecuador, Bolivia y Guyana inglesa. Mi gratitud a los amigos que me acogieron en sus casas y a quienes compartieron las muchas variantes de los cuentos.

Sean mis versiones de estas narrativas orales mi homenaje a los seres que habitan el Amazonas.

Contenido

Introducción	15
<i>Por Michael Uzendoski</i>	
Moniya amena	23
Wayramama	25
Pumayuyu	27
Kanaima	29
María y los delfines	33
Caballococha	35
Matinta-perera	37
<i>O navio encantado</i>	39
El regalo de la yara	41
Curupira	43
La ciudad encantada	45
Chicua	47
<i>Yakuruma</i>	49
La ciudad de los delfines	51
Pusanga	53
Renacal	57
Plantas boas	59
La muchacha y la boa	61
Epereji	63
Mapinguari	65

El cazador y el Curupira	67
<i>Ayaymama</i>	69
El hijo del Curupira	70
<i>Seringa</i>	73
<i>Yanapuma</i>	75
Los espíritus de las piedras	77
<i>Lupuna</i>	81
Pacto con el diablo	83
Sachamama	87
<i>Yara</i>	90
Chullachaki	92
<i>Mawaris</i> (encantos)	95
Runamula	97
Dañero	99
El <i>pifano</i> del Chullachaki	101
La historia de Bon	105
Amasanga Warmi	107
<i>Vaqueiro</i> Quemdera	109
Yakumama	111
Los hijos del delfín	113
Lamparilla	117
<i>Vitória régia</i>	121
Juan Boa	123
Notas	125
Glosario	139
Mapa de la cuenca amazónica	147



Moniya amena

Sucedió que una vez en la selva comenzó a escasear la comida y la gente andaba desesperada por el hambre. Cierta día, una muchacha que trataba de encontrar frutas para llevarle a sus familiares, se topó con una lombriz. Tuvo un gran susto pero, al mirarla de nuevo, la lombriz se convirtió en un joven que le dijo: «Moniya amena, yo vivo muy solo cerca de aquí; si vienes todos los días a verme, podría regalarte comida para tu gente».

Ella se alegró con la propuesta, pues se sentía atraída por él, y en adelante regresó a su casa con yucas, copoasú, uvillas y otras frutas.

Pero en otra ocasión, cuando el muchacho y Moniya amena se encontraban abrazados en su nido de hojas, se apareció la madre enfurecida: «Traidora, te he estado buscando por todas partes. Así era como quería agarrarlos», y les echó una ollada de agua hirviendo.

La muchacha se salvó tapándose con unas hojas de platanillo. Él murió dando gritos.

Desde su muerte, la comida se puso todavía más escasa y volvieron a pasar hambre. Sin embargo, en el lugar donde murió, comenzó a crecer un árbol tan grande que llegaba hasta el cielo; y como les daba variedad de frutos lo llamaron «el árbol de la abundancia». Así les volvió la tranquilidad.

Pero algunos que venían a comer decidieron tumbar el árbol y llevarse todos los frutos.

Después de la caída del árbol, vinieron la oscuridad y tristeza. Y los hijos de quienes lo cortaron pasaban años difíciles y recordaban los días abundantes cuando vivían sus padres.

Viéndolos así, los espíritus de la selva dijeron: «Esta gente está sufriendo. Hagamos que el árbol comience a pudrirse y que su tronco se convierta en el río más grande de la tierra con peces y frutas para que ellos coman».

Desde entonces nadie ha vuelto a sentir hambre. El río ha estado siempre, alimentando a animales y árboles, y a las nubes que beben de sus aguas. De las hojas que cayeron hacia el oriente, se formaron muchos mares, y de sus ramas quisieron los

espíritus amigos que nacieran el río Putumayo, el río Caquetá, el río Madeira y otros que le llevan sus aguas a este río que llaman el Amazonas.

La gente dice que ojalá a ninguno de los que viven ahora en la selva se le vaya a ocurrir coger toda la comida solo para él.



Wayramama

A Francisco Montes

Los que conocieron a don Emilio Shuña decían que él sí tuvo poderes muy grandes. Sus abuelos curanderos le habían enseñado a usar las fuerzas de los ríos y de la tierra mediante ayunos y bebidas de yacutoé y ayahuasca. Pero quería más. Quería controlar las fuerzas de arriba y se puso a tomar té del huayracaspi rojo, el árbol madre de la Wayramama.

Después de pasar nueve días ayunando con huayracaspi, una mañana vio venir en el viento una boa grandísima que tenía el rostro de una mujer vieja de cabellos largos que se perdían en las nubes.

Ella se posó en el techo de su casa:

—Bueno, hombre, aquí estoy. ¿Qué tú quieres de mí?

Don Emilio le dijo:

—Quiero mandar sobre el viento y la lluvia y cualquier cosa de allá arriba.

—Te daré los poderes con la condición de que ayunes por cuarenta y cinco días más —le respondió la Wayramama—, pero cuídate de mis hijos, malos vientos que andan por ahí haciendo daños a la gente.

Luego de ayunar lo convenido, con los poderes que le dio la Wayramama, don Emilio tuvo mucha fuerza para dirigir el viento y las lluvias, y para curar a aquellos que venían de lejos. Lo visitaban quienes estaban a punto de morir porque les sopló un mal viento, los que perdían sus cosechas, mujeres atormentadas por las borrascas, o simplemente pescadores que no agarraban nada porque los ríos se salían de sus madres.

La prueba de poder más grande para don Emilio ocurrió cuando los malos vientos se ensañaron con uno de los pueblos. Soplaron tanto que las vaquitas, los chanchos, y hasta unos niños, volaron por el aire. Para ayudar, don Emilio tuvo que dietar por varios días debajo de unas palmas de chonta y cantó los icaros que la Wayramama le había enseñado. Ayunando allí, solo con las tomas de té del huayracaspi, y soplándoles humo de

tabaco, aplacó a los hijos malos de la Wayramama y los mandó a vivir bajo tierra.

Queriendo vengarse, los malos vientos estuvieron dándole vueltas a su casa para matarlo. Don Emilio se defendió y los castigó llevándolos a unos árboles llenos de hormigas. De vez en cuando, la Wayramama venía a poner su mano en la cabeza para afinarle la fuerza. Tenía tanto poder que, en la época de lluvias, los muchachos iban a pedirle: «Don Emilio, no deje que nos llueva hoy. Queremos jugar fútbol esta tarde».

Entonces llamaba a su mujer y le decía: «Elena, tráeme los cigarros mapachos», y se iba hasta las palmas a soplar humo y a cantar los icaros de la Wayramama.

Pero como todo se muda, y lo bueno no dura, un día don Emilio amaneció muerto. Unos culparon a brujos envidiosos y enemigos en el otro lado del río; otros decían que era cosa de los malos vientos.

Lo cierto es que en su comunidad y en los ríos lo lloraron. Y no lo enterraron en el cementerio porque don Emilio les tenía pedido que lo pusieran bajo las raíces de un huayracaspi rojo en la selva.

«Quiero que me entierren allá porque ese árbol es mi madre», había dicho.



